

Consuelos del justo en la muerte.

Quasi meridianus fulgor consurget tibi ad vesperam; et cum te consumptum putaveris, orieris ut lucifer, et habebis fiduciam. (Job, xi, 17).

«Una luz refulgente como la del mediodía te saldrá al anochecer; y cuando tú te crearás enteramente aniquilado, brillarás de repente como el lucero de la mañana, y tendrás una confianza que te hará morir tranquilo.» Estas son, fieles míos, las palabras con que el Espíritu Santo trata de consolar al justo, haciéndole una pintura anticipada de la inefable dicha que le cabrá á la hora de la muerte. Mientras el pecador, le dice Dios, en aquella formidable hora se verá rodeado por todas partes de oscuridad, tinieblas y horrores; para tí brillará una luz hermosa y alegre, como la que suele brillar en un día claro y sereno: *Quasi meridianus fulgor consurget tibi*. Mientras el pecador en aquel terrible trance se desvanecerá como oscura sombra, y llevará al sepulcro un cuerpo cubierto de vergüenza y oprobio; tú resplandecerás como aquel hermoso astro que asoma por la parte de Oriente al despuntar el alba: *Orieris ut lucifer*. Mientras el pecador en aquel triste caso estará lleno de espanto y desesperación, viendo todas sus culpas pasadas, su desamparo presente y los castigos venideros; tú gozarás de una confianza, de una calma, de una tranquilidad que causará admiración y envidia á cuantos sean testigos de ello: *Habebis fiduciam*.

Sí, cristianos, así como el pecador moribundo de cualquiera lado que vuelva la vista, no ve sino objetos de espanto y horror; el justo por el contrario á doquiera que mire, no descubre sino motivos de consuelo, de alegría y confianza. Si mi-

ra atrás, se consuela con la vista de su inocencia, con la de los peligros de que ha escapado y con la del bien que ha hecho: si mira su estado actual, se alegra por la asistencia que experimenta de parte de la Iglesia, de parte de los Santos y de parte del mismo Dios: si mira adelante, se anima con la esperanza de que en breve irá á recibir la corona que el justo Juez le tiene preparada en el cielo. Examinemos detenidamente estas tres circunstancias, y aprendamos á vivir de modo que al morir merezcamos vernos en ellas.

Es imposible explicar la consolación que experimenta un justo moribundo cuando, dando una mirada á su pasada vida, ve que siempre ha sido fiel á Dios, que jamás ha delinquido en cosa de importancia; y que, si por humana fragilidad alguna vez ha consentido á la culpa, después la ha borrado con una penitencia que fundadamente cree ha sido legítima. ¡Qué consuelo poder decir con toda verdad como Job: No me reconozco culpable de haber cometido algun crimen en toda mi vida: *Neque me reprehendit cor meum in omni vita mea* ¹! ¡Qué dicha poder decir con san Pablo: *Nilil mihi conscius sum* ²: la conciencia, que es un gusano que roe desapiadadamente el corazón á la hora de la muerte, me deja en un reposo el más apacible, y no me reprende de cosa considerable! Esta dicha es tan grande, que David creyó debía ponerla por encabezamiento de sus Salmos, como la primera y principal felicidad de que es capaz el hombre en esta vida. ¡Dichoso, dice, dichoso el hombre que no ha seguido el consejo de los malvados, sino que ha tenido siempre su voluntad sujeta á la ley santa de Dios: *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum... sed in lege Domini fuit voluntas ejus* ³!

¹ Job, xxvii, 6. — ² I Cor. iv, 4. — ³ Psalm. i, 1, 2.

Pero lo que aumenta la alegría del justo á la hora de la muerte es, ver los grandes peligros de perderse que ha corrido, y de los que por la misericordia de Dios ha logrado escapar. Un militar que ha pasado gran parte de su vida en la guerra, y que se ha hallado en muchos y sangrientos combates, cuando despues ha vuelto al seno de su familia siente una satisfaccion particular en recorrer con su memoria los diferentes lances en que se ha visto, los grandes peligros que ha corrido, y la muerte cási inevitable de la que en varios encuentros ha logrado escapar. Hé aquí, cristianos, lo que siente un justo á la hora de la muerte, y lo que sentiréis vosotros, si mientras vivís os manteneis fieles á Dios. En aquella hora el Señor os hará conocer los grandes peligros de condenaros que habréis corrido, las muchas tentaciones de que su Providencia os habrá librado, y los enormes pecados que habréis estado próximos á cometer, y en los cuales por su infinita misericordia no habréis caido.

Á beneficio de esta luz, tú, niña, verás que en tal ocasion, en tal dia, en tal lugar el demonio te tenia preparado un lazo del que no podias escapar sin un particular socorro del cielo : verás que si en tal domingo, en vez de ir á la iglesia, hubieses ido al baile, como lo pretendia tu amiga, allí hubieras consentido en pensamientos impuros, de los pensamientos hubieras pasado á los deseos, de los deseos á las acciones, de las acciones á la vergüenza de confesarte, y de aquí al infierno : verás que si te hubieses detenido con aquel jóven que en tal dia te habló, primero te habria robado el pundonor, despues la pureza, y al último el alma. Tú, jovencito, verás que en tal fiesta, en tal casa, en tal compañía el demonio te tenia preparada una trampa en la que infaliblemente hubieras caido, si Dios no hubiera venido á asistirte : verás que si no hubieses dejado aquel mal compañero que tanto te halagaba, te habria apartado de las devociones, de los Sacramentos, de la obediencia á tus pa-

dres ; te habria conducido al juego, á las casas de prostitucion, donde hubieras perdido el honor, los bienes, la gracia, el cielo, y á Dios. Vos, hombre anciano, veréis que si en tal dia no hubiéseis ido á escuchar á aquel predicador, no hubiérais pensado en vuestra conversion, no hubiérais hecho aquella confesion general, habríais continuado en vuestro mal vivir, la muerte os hubiera sorprendido en vuestro mal estado, y el infierno hubiera sido vuestro paradero. Todos, en fin, veréis en aquella hora un sinnúmero de peligros que no veis ahora, y de los cuales solo habréis escapado por la infinita bondad de Dios. ¿Quién podrá explicar el júbilo que entonces inundará vuestro corazon?

Este júbilo acrecerá con la vista de las buenas obras que habréis hecho durante la vida. Ahora que las haceis, apenas fijais en ellas la atencion, apenas llegais á advertirlas ; y Dios mismo os las oculta, á fin de no exponeros á la vanagloria, que es sumamente temible en las acciones buenas. ¿Quién sería capaz de enumerar los diferentes actos de virtud que, cási sin advertirlo, practica un justo en el curso de su vida? Hoy sufre una injuria con paciencia, mañana da una limosna por amor de Dios : un dia dice algunas palabras de consuelo á un afligido, otro reprime su genio y violenta su pasion : por la mañana va á consolar á un enfermo, á la tarde da un buen consejo á uno que lo necesita. Y esto sin hablar de las buenas obras que ordinariamente hace cada dia, como son las meditaciones, lecturas espirituales, misa, cumplimiento de las obligaciones, etc. ¡Oh justos! ni vosotros que haceis estas buenas obras, ni yo que las reproduco sabemos exactamente su número, ni es menester saberlo ahora ; pero lo sabe Dios, que os las va notando todas en el libro de la vida, y á la hora de vuestra muerte, poniéndolas todas á vuestra vista, hará que sean vuestra alegría y consuelo.

No solo no sabeis ahora el número de las buenas obras que practicais, sino que tambien ignorais su mérito y su valor. Por grandes que sean las obras que haceis, vosotros las contais por nada, no las juzgais dignas de la menor recompensa, y os contais por siervos inútiles, conforme al consejo de Jesucristo: *Cùm feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus*¹. Pero en la muerte Dios os hará ver que estas obras que reputásteis de ningun valor valian nada menos que una corona eterea en el cielo. ¡Qué alegría para un hombre que, creyendo no haber hecho cosa buena en este mundo, y que apenas se considera digno de ocupar la última silla del paraíso, oye la voz del Señor que le dice: *Amice, ascende superiùs*²: ven, alma amiga, sube á un lugar mas alto de lo que pensabas: ven á tomar asiento entre los Ángeles, ven á recibir el grado de gloria que tus virtudes te han merecido: *Ascende, ascende superiùs!* ¡Ah! fieles; si vosotros comprendiéseis bien lo que digo, si estuviéseis íntimamente convencidos de que todo el bien que ahora haceis, á la hora de vuestra muerte se os pondrá delante, causándoos un consuelo que vosotros no sabriais ahora comprender ni yo sabria explicar, ¡qué cortas hallaríais las misas! ¡qué dulces las penitencias! ¡qué fáciles las limosnas! ¡qué agradables las injurias! ¡qué suave la oracion! Pero si en la muerte el justo recibe gran consuelo con la memoria de lo pasado, lo recibe todavía mayor con la experiencia de lo presente, pues entonces experimenta el especial cuidado y asistencia de la Iglesia, de los Santos y del mismo Dios.

Sí, almas justas, sí: todo lo que en aquella hora hará la Iglesia para vosotros os llenará el corazon de júbilo y consuelo. Su primera diligencia será poner os á la vista la imágen venerable de un Dios crucificado, á fin de animaros con su ejemplo

¹ Luc. xvii, 10. — ² Luc. xiv, 10.

á sufrir con resignacion vuestros males y padecimientos. ¡Oh qué objeto tan consolador será este para vosotros! ¿Y qué pensais os dirá al corazon un Dios crucificado? Aliéntate, hijo, os dirá, aliéntate, que yo estoy aquí para socorrerte. Ya veo lo mucho que padeces; pero acuérdate que yo tambien padecí: ya veo que estás muy incómodamente en ese lecho de tristeza; pero no olvides que yo tuve por lecho una cruz: ya veo que la sed te atormenta; pero tú sabes que yo tambien la tuve, y que, habiéndolo manifestado, se me dió hiel y vinagre: ya veo que estás todo bañado con el sudor de la agonía; pero tú no ignoras que yo tambien sudé sangre. Ten confianza, hijo mio, que pronto acabará todo esto: ámate, que luego recibirás la corona: un escalon mas, hijo mio, un escalon mas, y habrás llegado al cielo. ¿Cabe, oyentes míos, un consuelo mayor en este mundo? Este consuelo solo puede explicarlo quien lo ha sentido, y solo lo ha sentido quien se ha hallado en aquel lance.

Sigamos. Luego vendrá la Iglesia á fortaleceros con el Pan de los fuertes, es decir, con el santo Viático. ¡Qué alegría experimentará vuestra alma al ver entrar por la puerta de vuestro aposento á su Dios, á su Esposo, á su adorado Salvador! ¡Ay Señor! exclamaréis, *unde hoc mihi?* ¿de dónde me viene tanta dicha, que Vos os digneis visitarme? Ahora sí, Señor, que iré contento al otro mundo. Yo no esperaba sino recibir os por última vez en mi corazon, y daros el postrero abrazo en la tierra, para entregaros mi alma: y pues que lo he ya logrado, venga la muerte á cerrarme los ojos siempre que quiera, que yo estoy pronto á morir, y moriré contento: *Nunc dimittis, Domine, servum tuum in pace.*

Por último la Iglesia, viéndoos próximos á entrar en el tribunal de Dios, acudirá solícita á purificar completamente vuestra alma con el sacramento de la Extremauncion, á fin de que comparezca ante su Juez sin mancha ni arruga. ¡Qué consuelo

poder decir entonces : si yo no estuviese del todo limpio de mis faltas leves , si aun me hubiesen quedado algunas manchas , como tristes reliquias de mis pasadas culpas , hé aquí que van á ser enteramente borradas por este Sacramento de gracia y purificacion ! Verdad es que he procurado limpiar con mis propias lágrimas las miradas indiscretas que permití á mis ojos ; pero si hubiese quedado de ellas algun vestigio , cosa que nada tendria de imposible , la Extremauncion va á hacer que desaparezcan del todo . Verdad es que mis oidos han expiado con la mortificacion el haber escuchado el discurso deshonesto y la conversacion profana ; pero si aun subsistiese alguna señal de aquellas culpas , por la gracia de este Sacramento pronto será quitada . Es verdad que mi lengua ha pagado con el silencio las palabras poco cristianas que profirió ; pero si acaso hubiese quedado algo de aquel veneno , la Extremauncion va á quitarlo enteramente . En fin por la eficacia de este Sacramento voy á quedar una criatura del todo nueva , limpia de toda mancha y defecto , pudiendo decir con mas razon que el real Profeta , que mi juventud va á ser renovada como la del águila : *Renovabitur ut aquilæ juventus mea* ¹.

Así purificados por el sacramento de la Extremauncion , ya no tendréis otros pensamientos ni deseos que salir cuanto antes de este valle de lágrimas , y subir al cielo á reuniros con vuestro Dios . Llenos de una santa confianza , podréis decir al Señor lo que Jacob decia á su suegro Laban : *Tu nosti quomodo servierim tibi... dimitte me ut revertar in patriam meam* ² : tantos años há , Señor , que os sirvo en este mundo , concededme que vuelva á mi patria y á la casa de mi nacimiento , que es el cielo . Vos , Dios mio , dirá el uno , me habeis llamado á serviros en el estado eclesiástico , encargándome el cuidado de

¹ Psalm. cii, 5. — ² Gen. xxx, 25, 29.

las almas y la salvacion de mis hermanos : tantos años he empleado en este penoso cargo , sudando en los púlpitos , sufriendo en los confesonarios , gastando mis fuerzas en la conversion de los pecadores : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Y bien , Dios mio , habiendo yo con vuestra gracia cumplido los deberes de un buen sacerdote , tengo derecho á esperar que encontraré en Vos un buen Padre : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Vos , Señor , dirá otro , me habeis llamado á serviros en el matrimonio ; y Vos sabeis que he honrado este gran Sacramento , guardando fidelidad á mi consorte , criando en vuestro santo temor á mis hijos , teniendo mas cuidado de hacerlos ricos en virtudes que en bienes temporales : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Pues habiendo yo sido un buen casado en la tierra , espero hallar en Vos un Esposo amable en el cielo : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Vos , mi Dios , dirá una buena religiosa , me habeis llamado á serviros en el claustro , y no ignorais que lo he hecho con toda fidelidad . He cumplido mis votos , he observado mi regla , he trabajado en hacerme virtuosa y santa : *Tu nosti quomodo servierim tibi*. Ya es tiempo , Esposo mio , de que mi alma vuele á vuestros amorosos brazos : *Dimitte me ut revertar in patriam meam*. Así , fieles mios , habla el justo á la hora de su muerte ; y así hablaréis vosotros , si os manteneis fieles en el servicio de Dios .

En vista de los consuelos que acompañan á la muerte cuando la ha precedido una buena vida , ya no debemos tener otros deseos que los que manifestaba aquel Profeta cuando decia : *Muerat yo con la muerte de los justos : Moriatur anima mea morte justorum* ¹. Que muramos de calentura ó apoplejía , de muerte violenta ó natural , es indiferente ; lo que importa es que muramos con la muerte de los justos : *Moriatur anima mea mor-*

¹ Num. xxii, 10.

te justorum. Que muramos en la ciudad ó en el campo, en España ó en América, es material; lo esencial es que muramos con la muerte de los justos: *Moriatur anima mea morte justorum.* Que muramos en la juventud ó en la vejez, que nuestra muerte excite á alegría ó á llanto, que se nos entierre con honor ó se nos deje en olvido, lo mismo tiene; lo importante es que muramos con la muerte de los justos: *Moriatur anima mea morte justorum.*

Pero no olvidemos que el medio infalible y absolutamente necesario para morir con la muerte de los justos, es vivir como viven los justos. Puede un hombre, por un golpe extraordinario de la gracia, acabar santamente despues de haber llevado una vida mala; pero esto será por una muy rara excepcion de la regla general. La regla ordinaria es que la muerte sea semejante á la vida: quien vive bien, acaba bien; quien vive mal, acaba mal. Hermanos, dice san Pablo, cuidado en no engañarse en este asunto, que es de suma importancia: el hombre recogerá en la muerte lo que hubiere sembrado en la vida: *Quaecumque seminaverit homo, hæc et metet*¹. No me digais que muchos, despues de haber llevado una vida enteramente mala, logran morir con una muerte santa, pues dicen palabras edificantes, reciben con gran devocion los Sacramentos, besan tiernamente al Crucifijo, y dan todas las señales exteriores de una verdadera conversion. Á esto no contesto sino con lo que ya os he dicho con san Pablo: cuidado no os engañeis en negocio de tanta consecuencia. Podrá suceder que esos de quienes me hablais se conviertan sinceramente á Dios en la muerte; pero puede ser tambien que su conversion no sea mas que una apariencia, y que las palabras buenas que entonces dicen, que la piedad que en aquella hora manifiestan, sean pu-

¹ Gal. vi, 8.

ras ceremonias, buenas, sí, para dar algun consuelo á la familia, pero inútiles para reconciliarlos con Dios. Lo cierto es que el hombre coge en la muerte lo que ha sembrado durante la vida: si ha vivido bien, aunque en la muerte no diga ninguna palabra edificante, es mas que probable su eterna salvacion: si ha vivido mal, aunque en la muerte diga cosas tan edificantes que arranque lágrimas á todos los asistentes, su condenacion es moralmente cierta. No olvidéis, cristianos, esta regla: sed buenos en vida, y no dudeis que vuestra muerte será preciosa delante del Señor. Amen.

El réprobo firmando la sentencia de su condenacion.

Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat: et disceptabo cum eis ibi. (*Joel*, III, 2).

Á mas del juicio privado que Dios celebra secretamente con el alma en la muerte de cada uno, el profeta Joel nos habla de otro juicio público, solemne y general que Jesucristo celebrará en el último dia del mundo, y en el que tendrémus que comparecer todos, sin excepcion de clases, categorías ni personas. Este juicio universal no lo celebrará Jesucristo para hacer alguna enmienda ó variacion en las sentencias que habrá dado en los juicios particulares, porque sus sentencias, como procedentes de una justicia infinita, son absolutas, definitivas é irreformables; sino para que todo el mundo vea la suma equidad con que procedió al darlas, y para que los mismos réprobos estén precisados á reconocer su justicia, y á confesar que tienen bien merecida su eterna condenacion.

Es conveniente, cristianos, y hasta cierto punto necesario que Jesucristo arranque de los pecadores esta confesion públi-

ca, franca y solemne, siquiera para que le devuelvan el honor que le quitaron murmurando de él y de su justicia. Al presente muchos hablan de Jesucristo de un modo tan indecente y atrevido, que falta poco para que le traten de verdugo y de tirano. Unos dicen que impone leyes duras é imposibles de observarse; otros que condena por causas que no están plenamente justificadas; otros, en fin, que sujeta á castigos evidentemente excesivos.

Para que callen de una vez para siempre, Jesucristo revisará sus causas en presencia de todo el mundo, y les probará jurídicamente tres cosas: 1.^a que la observancia de su ley no era una cosa imposible, sino muy fácil y hacedera: 2.^a que sus pecados no fueron supuestos, sino plenamente probados: 3.^a que el infierno no es un castigo excesivo, sino muy adecuado y justo. Veamos cómo lo hará.

«Si se me impusiesen leyes mas fáciles, no las violaria; pero ¿quién ha de poder cumplir leyes tan duras como las que me impone Jesucristo? Entre otras cosas, por cierto nada cómodas, me manda que sea casto, que aborrezca el mundo, que mortifique mi carne, y que ame á mi enemigo; mas ¿puedo yo cumplir preceptos tan arduos y repugnantes? ¿Cómo he de ser casto, teniendo dentro de mí una tan fuerte inclinacion á los placeres? ¿Cómo he de aborrecer el mundo, teniendo á la vista sus encantos y atractivos? ¿Cómo he de mortificar mi carne, siendo ella la mitad de mi persona? ¡Ah! Si Dios queria obligarme á cosas tan enojosas, ¿por qué no me hizo diferente de lo que soy? ¡Qué contradiccion darme una fuerte inclinacion á los placeres sensuales, y al mismo tiempo amenazarme con el infierno si los gusto! ¡Qué crueldad colocarme en medio de las bellezas del mundo, y al mismo tiempo man-

«darme que le aborrezca y le huya! ¿Caben leyes mas absurdas?...»

Así se explican muchos pecadores para justificarse, procurando que la culpa de sus desórdenes mas bien recaiga sobre Dios que sobre su propia malicia. Por esto el primer cuidado de Jesucristo en el último juicio será, probarles que su ley nada contenia de impracticable, y que la pretendida dificultad no fue mas que un vano pretexto que buscaron para no cumplirla. ¿Y sabeis cómo se lo probará? Con una prueba de hecho que no admitirá contestacion ni réplica, esto es, con ponerles á la vista un sinnúmero de personas, allí presentes, las cuales habrán cumplido su santa ley, no solo en los puntos capitales y de rigurosa obligacion, sino tambien en los secundarios y de puro consejo.

Tú dijiste, dirá el Juez á cada uno de estos pecadores, que ser casto, que renunciar al mundo, que mortificar la carne y amar al enemigo eran cosas imposibles: ¿no es así? Pues para que te avergüences de esta calumnia voy á ponerte á la vista millones de personas que, no solo han cumplido perfectamente estas leyes que tú calificaste de impracticables, sino que han practicado generosamente otras cosas todavía mas arduas y difíciles. ¿Ves ese brillante ejército de purísimas vírgenes? Cuéntalas, si puedes; y sepas luego que todas han sabido abstenerse, no solo de los placeres ilícitos, sino hasta de los que les hubieran sido permitidos. ¿Reparas esa turba admirable de confesores? No eres tú capaz de contarlos; y sin embargo todos renunciaron el mundo en cuanto al afecto, y algunos lo dejaron efectivamente, abandonando sus honores, sus riquezas y su fausto. ¿Observas esa falange gloriosa de mártires? Pasan de cuarenta millones; no obstante, todos ellos no solo han crucificado su carne con sus apetitos, sino que por mi amor han vertido su sangre y sacrificado su vida. ¿Ves esa muchedum-